La segunda vía señalada por Menna es la "anicónica". En ella abandona el artista el universo semántico de la denotación y la connotación para ocuparse exclusivamente de las unidades lingüísticas elementales y su articulación según ciertas reglas sintácticas. Es el camino elegido por el neoplasticismo y el suprematismo: el de Malevitch, por ejemplo, cuyo famoso "cuadrado negro" sería algo así como una estructura visual mínima carente de cualquier función autorrepresentativa y cuya única misión consistiría en hacer al espectador consciente de lo que podíamos llamar el **momento germinal** del fenómeno artístico. Otros artistas, como los del grupo De Stijl, optarán por una codificación rigurosa del lenguaje pictórico: individualizarán una serie de elementos mínimos —o invariantes de base— que luego combinarán de acuerdo con un código sintáctico preciso. Al descartar cualquier componente psicológico o representativo, convertirán el lenguaje pictórico en una serie de formulaciones lógico-matemáticas. Su voluntad de coherencia conceptual los llevará, sin embargo, a una estéril circularidad tautológica e idealista de la que tendrán que salir —muchos artistas de esa corriente están ya intentando hacerlo—, si es que quieren abrirse de nuevo a las "contradicciones dialécticas de lo real". ■ **JOAQUIN RABAGO.**

Redescubrir al fascismo

El fenómeno del fascismo carece, lamentablemente, de estudios a fondo en España. Además de algunas razones lógicas, como la dificultad para hablar del tema durante los últimos años, hay un despego de los autores —historiadores, sociólogos, políticos— locales. Sergio Vilar es una excepción. En repetidas ocasiones ha abordado el fascismo, aunque casi siempre restringiendo su área al tema español. En 1977 apareció su libro "La naturaleza del franquismo", que corrió diversa suerte en cuanto a la apreciación crítica del mismo. Ese mismo año publicó "Carta abierta a la oposición", obra menor, de carácter intimista, casi un soliloquio en el que se daba la impresión de que la oposición era un club privado de amigotes a los que, naturalmente, el autor tuteaba como iniciador que era. Sus anteriores publicaciones en París y Nueva York tuvieron escasa difusión en España, salvo **La oposición a la dictadura** (París, 1969), en la que se recogían los grupos más destacados enfrentados con el franquismo.

Ahora Vilar reaparece con una obra más ambiciosa (1), cuyo solo título ya presupone todo un compromiso. Fascismo y militarismo, "una verificación de una serie de profundas semajanzas —dice el autor— en los orígenes estructurales de las sociedades contemporáneas en las que la clase económicamente dominante impone una u otra forma de dictadura". La estrecha relación fascismo-militarismo se estudia desde diversos ángulos en un esquema bien planteado y centrándolo en cinco ejemplos que, indudablemente, son un resumen del tema. El fascismo italiano bajo Mussolini, el nacionalsocialismo hitleriano, el franquismo, las diversas épocas del fascismo argentino —con una especial clarificación del papel del peronismo en aquel país— y la dictadura brasileña.

Sergio Vilar.

Hay algo, sin embargo, que salta a la vista en una primera lectura del libro: la obsesión del autor por la originalidad. Redactado en una primera persona agresiva, casi amonestadora, **Fascismo y militarismo** deja al lector la vaga sensación de que éste ha cometido una falta no habiendo leído antes al autor. Hasta se detecta un regusto molesto en el desprecio que Vilar exhibe contra los historiadores españoles. No se puede evitar la sensación de pedantería que se vislumbra sobre las permanentes advertencias a los que disienten de su pensamiento. El lector ha de superar constantemente las afirmaciones altisonantes, las continuas citas a sí mismo del autor y unos "como ya he demostrado" refiriéndose a asertos anteriores que eran simples puntos de vista. Pese a todo, **Fascismo y militarismo** es un libro importante. No descubre nada nuevo, como constantemente afirma el autor, pero sí resume y sistematiza toda la estrecha relación poder-capital financiero-populismo y la nueva clase política, "el partido político militar". Es un análisis correcto que no aporta ninguna innovación respecto a las etapas históricas del fascismo italiano y de la Alemania de Hitler, y sí bastantes sobre Brasil y Argentina.

El caso específico del franquismo es temática sobradamente conocida para los expertos. Vilar incurre en los consabidos tópicos. "La CEDA, que durante la Segunda República es el principal partido de la burguesía, desaparece como organización, se deshace, y ya no volverá a reaparecer jamás". Pareciera como si Vilar identificase a la CEDA con su líder, Gil-Robles, en cuyo caso sería aceptable la afirmación. Un análisis menos superficial indicaría que la CEDA, en masa, se traslada al franquismo con el correspondiente sacrificio de su cabeza visible, Gil-Robles, que en un principio colabora con el dictador y después queda "descolgado". Esa misma burguesía franquista se traslada, a la muerte de Franco, a la UCD y AP, con el correspondiente sacrificio de algunos dirigentes, Arias Navarro, Serrano Súñer, Ruiz-Giménez —recuperado tácticamente por la oposición— y algunos otros. La CEDA no sería más que una de las múltiples siglas con que la burguesía dominante se presenta en el poder.

Fija asimismo el autor a los militares africanistas bajo cuatro condiciones inapelables: monárquicos, estrechamente ligados a las clases económicamente dominantes, católicos a machamartillo, e influenciados por el fascismo. De no cumplirse algunas de las cuatro condiciones impuestas por Vilar, los demás militares "aunque sean llamados africanistas no lo son". El africanismo es ante todo una concepción colonial —en la que existen determinadas dosis de racismo— de la Historia. Algunos africanistas, como el general Yagüe, no eran monárquicos; otros no admitieron el fascismo. El capítulo del franquismo incurre en tópicos y en algún error, como insistir que la principal fuente de suministro a Franco fue la Standard Oil, cuando en realidad fue la Texaco Inc.

Posiblemente, el mayor defecto de la obra estribe en la "globalización" que el autor presenta como virtud. Los árboles —insiste— no dejan ver el bosque. El caso contrario obliga a una excesiva generalización de los temas sin completarlos con una carga mínima de datos. Pese a las rabietas de Vilar sobre las críticas adversas a su obra "La naturaleza del franquismo", en **El País** —donde deja adivinar que existe una oscura conjura de antiguos miembros del SEU contra él—, pese a las afirmaciones petulantes, pese a las continuas citas a "Le Monde Diplomatique", **Fascismo y militarismo** es, posiblemente, el primer estudio serio de la actitud de la clase militar en las dictaduras y sus interconexiones con las estructuras económicas. Hay un decisivo salto cualitativo de Sergio Vilar después del bache de **Carta abierta a la oposición.** ■ **FERNANDO GONZALEZ.**

(1) Sergio Vilar: **Fascismo y militarismo.** Colección Nuevo Norte. Ediciones Grijalbo, S. A. Barcelona, 1976.

MUSICA

El arte de la Academia

Cuando una agrupación del prestigio de The Academy of St. Martin-in-the-Fields viene a España a hacer dos programas, y uno de ellos lo ocupa por entero el oratorio "Saúl", de Haendel, parece que sería obligada centrar el comentario en éste: "Saúl", menos por resultar una obra maestra — no me meto en si lo es: la calificación, de tan usada, bien poco quiere decir—, que por ser infrecuente entre nosotros y representar un destacado ejemplo de aprovechamiento narrativo del oratorio barroco, ha constituido uno de los grandes acontecimientos de la temporada musical. Su interpretación en Madrid llenó el teatro Real, a pesar de los precios, el puente de San Isidro y la circunstancia, subrayada con desconsuelo por una vecina mía de localidad, de tratarse de una obra "de cantar". Sin embargo, y aun reconociendo que la escucha de "Saúl" da para escribir un tratado, por la cantidad de sugerencias que despierta y la cantidad de posibilidades de establecer paralelismos y comparaciones que ofrece, estimo que lo mejor tras de ella es seguir el ejemplo del personaje de Bustos Domecq y absolver de ante-

mano al más que dudoso lector del padecimiento de algo que sólo sería divertido si estuviera equivocado. Dejemos, pues, constancia de lo objetivo, subrayado antes: el carácter principal de "acontecimiento". Seguir añadiendo cosas nos llevaría muy lejos si habláramos de la obra; fijarnos en la circunstancia, la interpretación propiamente dicha, sería reducir la importancia del hecho fundamental al no menos interesante tema del arte de la Academia, esta vez, dirigida con seguridad por Laszlo Heltay y completada con su coro y un grupo de solistas que sirvieron eficazmente sus papeles, si bien, casi todos ellos fueron relegados de forma inevitable a segundo término por la continua excelencia de Charles Brett, cuya interpretación David es difícil de superar.

Y para hablar del arte de la Academia, resulta paradójicamente más propicio el otro programa, casi de "grandes éxitos". Ninguna de las obras era precisamente desconocida; varias se las habíamos escuchado ya a la Academia, y de todas tiene ésta versiones discográficas de las llamadas "de referencia". Pero es en la recreación

Iona Brown.

de los temas favoritos donde se aprecian las excelencias de un intérprete, y la agrupación británica es tal milagro de compenetración que puede decirse que funciona como un solo intérprete, especialmente, si quien la dirige es la espléndida Iona Brown; de igual forma, es en las diferencias, en las tomas de postura, aun en las audacias, en donde se aprecia la excepcionalidad de aquellos artistas que, como los músicos, han de sujetarse a lo que todos dan como prescrito. Creo firmemente que lo que destaca a unos músicos sobre otros es precisamente su capacidad de poner en entredicho tales prescripciones, en tanto de ese modo revelan lo estereotipado de los juicios de quienes sostienen a ultranza que "esto es así". Por ello, me resulta incomprensible que vengan a ser estos guardianes del orden los mismos que defienden la validez del hecho musical directo, siendo así que esa defensa a lo que lleva en última instancia es a mantener que la música es quien la interpreta. De no ser esta convicción una asunción dogmática, deberían haber destacado del concierto **standard** de la Academia precisamente lo más controvertido: ese Adagio que añade al "Tercer Concierto de Brandeburgo" como movimiento intermedio, y que yo siempre entiendo como un homenaje íntimo al inolvidable Thurston Dart. Confieso que el resto –Haendel, Mozart, Vivaldi en las mejores "Cuatro estaciones" que hay oportunidad de oír– me complació en tanto permitía lecturas semejantes. Sostener la validez esencial de la experiencia no es proclamar la relatividad más absoluta. Hay experiencias más completas, más enriquecedoras, más satisfactorias, que otras. Descubrir esto es empezar a "entender". ■ **JOSE RAMON RUBIO.**

ADIOS A LAS LETRAS

Entran los literatos

Antes sólo había sociólogos en el Parlamento español. En la época de Franco había directores generales, obispos, ministros y procuradores. Ahora sólo hay sociólogos, críticos de arte, novelistas cachondos y pregoneros como Camilo José Cela, *y profesores de Física, como* Javier Solana. Enrique Barón, *que es el que más pinta tiene de novelista del antiguo realismo social, es en realidad un abogado que no lleva dinero suficiente como para pagar los derechos de aduana de los artículos que compra en el archipiélago canario.*

Ahora ha entrado un nuevo literato: Fernando Morán. *Se va a sentar muy cerca de* Tamames. *"Hola, Ramón", le dirá, pero no seguirá mucho más adelante porque Morán es un crítico muy suyo y no es capaz de cruzar veinte palabras de más con un autor que no le interese.*

Es, por otra parte, un novelista, y entre los novelistas de este país de poetas la competencia siempre ha sido muy fiera. En los plenos conjuntos, Morán buscará, con esa mirada que en seguida se retrae y se adentra en el botón del cuello de su camisa, a Camilo José Cela. Una vez descubierta la calva del sabio, Fernando Morán hará para sí la sociología literaria de "La Colmena", mientras otro literato frustrado, el sociólogo Gómez Llorente, *recoge los papeles que abandona* Alvarez de Miranda, *quien en su destierro de Fuerteventura no fue capaz de captar y condensar la atmósfera literaria que dejó el otro gran desterrado:* Miguel de Unamuno.

Cuesta intuir lo que hará un literato –novelista, sociólogo de la novela– en el estrado de un Parlamento. A este país le hacían falta diplomáticos que fueran escritores. En Latinoamérica hay una peligrosa plaga de escritores que se convierten en diplomáticos porque son amigos del Presidente de la República. Aquí, como no hay Presidente de la República, los diplomáticos no tienen necesidad de escribir para irse al extranjero. De hecho, cuando Fernando Morán estuvo en Londres lo único que podría escribir serían notitas en las que anotara las sucesivas subidas de tensión que producía Fraga Iribarne *entre el vecindario. Para un novelista de su categoría de observador, aquella anécdota en la que el líder de Alianza Popular y antiguo embajador en la Corte de San Jaime le reprochaba a uno de sus colaboradores su impuntualidad debía ser una joya difícilmente olvidable.*

Fraga, en realidad, no le reprochaba a su hombre que llegara tarde a la reunión cotidiana y matutina. Había llegado tres minutos antes. "Señor –comentó el gallego de los tirantes–, no sólo se es impuntual por llegar tarde: se es especialmente impuntual por llegar temprano".

Fernando Morán se trajo de Inglaterra el silencio, esa voz que en el teléfono parece una interferencia y que en seguida se apaga porque el hombre está ocupado juntando fichas para una sociología de la novela negra, azul o rosa. Es curioso que la izquierda tenga más literatos que la derecha en el Parlamento. Para contrarrestar a Gonzalo Fernández de la Mora, *que era el único derechista que podía demostrar que tenía méritos suficientes para hacerse socio del Pen Club, no hacía falta que la izquierda inclinara tanto la balanza a su favor. Hasta* Marcelino Camacho, *que es amplio y ampuloso, como el hombre del crepúsculo de las ideologías, podría hacerle sombra a don Gonzalo.*

Pero el PSOE creyó oportuno atraer hasta el escaño al mejor discípulo de Tierno Galván, *como homenaje a la literatura y pensando quizá que un día, para delicia del ciudadano, éste sea un país gobernado por novelistas de mirada perdida, cejas pobladas y verbo radiante y fluido. La gente hasta ahora se creía que la literatura parlamentaria era la de Fraga. Los que ven la televisión pensaron que era la de* Adolfo Suárez. *Morán tiene la oportunidad de devolverle al Parlamento su literatura.* ■ **SILVESTRE CODAC**

Fernando Morán.

Manuel Fraga.

Camilo J. Cela.

El cuerpo que necesitas

"El Cuerpo" llamaban sobriamente a Raquel Welch sus ad-